



Capitán Eduardo Sarria Vidal

RELATO DEL CAPITAN EDUARDO SARRIA VIDAL

MEDICO, USTED NO NOS VA A ABANDONAR, ¿NO?...

Yo les puedo decir que desde el mismo día del golpe de Estado de Batista, me dediqué a tratar de hacer algo para combatir aquello.

Recuerdo que allá en Santos Suárez, donde yo andaba, se formó un grupo subversivo y entonces tratamos de hacer algo, tuvimos una serie de reuniones, pero después supimos más adelante que aquello estaba liderado por algunos individuos que habían sido políticos profesionales, y en definitiva nunca se llegó a nada.

Después siguió la cosa, y a través de un compañero que se llama *Horacio*, que estuvo también en la Sierra y que le dicen "*et Mulato*", yo conocí a "el Curita",¹³ y estuve haciendo algunas labores pequeñas, curando a algunos muchachos que hacían actos de sabotaje.

Recuerdo que conocí al hermano del compañero *Hart*, al desaparecido *Enrique Hart*; lo conocí en casa de una compañera que se llama *Concha Cheda*, que vivía allá en Lawton. Entonces fue cuando vine a hacer contacto con el 26 de Julio.

Después, posteriormente, con el mismo grupo de Santos Suárez, a través de un compañero que se llamaba *Roberto Casals*, hicimos un grupo —ya eso era integrado completamente en el 26— y así nos cogió la huelga de Abril de 1958.

Recuerdo que en esa época a mí me nombraron responsable de un hospital de sangre que se hizo en la Habana Vieja, ahí cerquita de la armería de Compostela, que se asaltó. Llevamos una can-

¹³ Nombre de *Sergio González López*, combatiente del clandestinaje. Pertenecía al M-26-7. Cayó el 19 de marzo de 1958, al ser detenido por la policía del régimen de Batista, quien lo sometió a torturas.

tividad de medicamentos enorme, porque aquello se planificó que iba a ser una cosa grande en La Habana Vieja y recuerdo que ahí estaba la compañera *Violeta Casals* también.

Cuando el ataque a la armería, allí mataron a *Roberto Casals* y al primo, *Reinaldo Aulet*; los dos eran primos del compañero *Font*, aquí presente, del doctor *Enrique Font D'Escoubet*.³¹

Cuando fracasó la huelga, yo seguí haciendo algunas cosas menores que hacían aquí los médicos, problemas de medicinas, algunos heridos que me llevaron, hasta que un día en el "Calixto", yo entro y estaban tratando de convencer a un médico para que se fuera para la Sierra porque decían que hacían falta médicos, entonces el médico ponía muchos requisitos y qué sé yo. Me acuerdo que yo me metí en el grupo y dije: "bueno, si hace falta uno, pues yo me voy". Entonces la gente se echó a reír y yo no dije más nada.

Yo conocía a un compañero que ya había estado en La Sierra, una vez, había ido allá a una misión, después fue a México y volvió para La Habana y entonces yo le hablé a él y a otro más (*Zoilo* y *Jorge*) y les dije: "bueno, vámonos para la Sierra". Decidimos irnos y entonces, como yo no estaba perseguido ni a mí me buscaba nadie, una noche cogimos la guagua ahí en la Estación Terminal; nos aparecimos en Bayamo, en casa de *Nené "el lechero"*, de *Nené López*, que se la jugaba con una serenidad tremenda.

EN EL HOSPITAL DE LAS PEÑAS

Después de penosa y larga jornada llegamos a territorio libre, la capitania de Manacal, que mandaba *Universo Sánchez*.

Entonces yo pongo mi hamaquita nuevecita —me engañaron cómo se ponía— y no hago nada más que acostarme, y había un compañero que era teniente, que me estaba tomando una serie de datos, y en eso aparece uno que venía con un mulo, a decirme —porque ahí cerca había un hospitalito que era el de Las Peñas, que estaba en una lomita para atrás que se llamaba Treinta Pisos—, que había que ir al hospital de todas formas. Por ahí todo el mundo sabía ya que iba un médico en el grupo y entonces se apareció con el mulo, diciendo que había que ir al hospital de to-

³¹ *Roberto Casals* era abogado. Cayó el 9 de abril de 1958 durante el ataque a la Armería de La Habana a fin de apoyar la huelga de ese día. También murieron en esta acción, su sobrino *Reynaldo Aulet*, *Marcelo Muñoz* y *Carlos Aztiazarain*.

das formas esa noche, porque había un compañero que tenía "sesenta de fiebre".

Cuando yo oigo eso le digo: "¿Pero con qué termómetro le han tomado la temperatura a ese hombre?" y dice: "No, sin termómetro". Y yo decía "bueno, está bien la cosa tiene que ser grave".

Y era que en esos días, hacía dos o tres días que había habido un bombardeo por allí y habían ametrallado una serie de gente. Y efectivamente, cuando yo empiezo a subir con el mulito, ya cuando yo estaba llegando al hospital yo lo sabía por el mal olor que despedía aquello, y cuando llego el de los 60 grados de fiebre, yo me imagino que tendría 40 de fiebre por lo menos. Era un guajiro que le decían "*Guasimilla*" —parece que era de Guasimilla, una zona que había por allí—, que tenía en una pierna un balazo de calibre 30 que le había entrado desde atrás hasta delante, y aquello estaba podrido por completo. Tenía el pie muy hinchado.

Entonces yo pensé: "bueno, esto hay que curarlo ahora mismo", porque estaba peligroso. En esa época allí no había muchos antibióticos. Había mercurio cromo, había agua oxigenada, y yo le hice una serie de incisiones, le drené ahí lo mejor que pude, lo vendé bien y le dije: "bueno, mañana cuando sea de día vamos a ver cómo está esto".

Al otro día tempranito me pongo a mirar aquello que llamaban el hospital y era un bohío un poquito alargado, con piso de tierra y allí no había enfermera, no había médico. Había una chiquita allí que decían que era la enfermera, pero cuando yo hablé con ella me di cuenta de que no era enfermera. Dice ella: "Yo no soy enfermera, yo soy la que curo aquí". Y había una serie de compañeros heridos... Había uno que tenía un pulmón atravesado. Una bala le había entrado y le había salido por la mitad de la espalda y se le había abierto y al hombre se le veía el pulmón, pero no le había cogido la columna, y estaba tirado boca abajo con una fiebre tremenda.

Yo le amplié eso, le puse un tubito, le drené, le empecé a poner antibióticos.

Había otro que tenía un tiro en un pie también, pero ése era de menor importancia.

La idea que tenía cuando subí, era: "bueno, yo voy para La Plata, para ver a *Fidel*, a ver a dónde me manda, dónde hago falta". Yo quería estar en La Plata de todas formas.

Pero entonces se me apareció el Capitán que estaba por ahí, que se llamaba *Emiliano Reyes*, que después lo mataron y me dijo: "Médico, usted no nos va a abandonar, ¿no? Y yo le dije: "bueno, no; yo voy a resolver todos estos, pero después cuando no haya trabajo yo sigo para La Plata".

Pero qué va, aquello no se acababa nunca. Todos los días venía un herido. Todos los días venían 10 ó 15 pacientes civiles, de los campesinos de allí; porque allí se enteraron enseguida que había un médico. Inclusive venía mucha gente para verle la cara a un médico, porque —según me enteré— había muchachas allí, muchachas jóvenes, que nunca habían visto un médico y entonces venían para ver cómo era un médico, a ver qué yo les mandaba.

Lo único que había por allí era uno que le decían dentista que después él me dijo: "No yo no soy dentista, yo soy un sacamuelas". El tenía unos aparaticos de esos de sacar muelas y yo no sé dónde él había aprendido. No recuerdo cómo se llama.

Él le sacaba muelas a todo el mundo, porque allí por un dolorcito de muelas se la sacaban sin ningún miramiento.

Y así pasaban los días y los días. Y yo decía: "Esto no se acaba, yo no me voy a poder ir de aquí".

Ya yo pensaba, yo dije: "bueno, yo de todas maneras voy a llegar a La Plata". Pero yo me di cuenta de que yo hacía mucha más falta allí, y dije: "bueno, yo de todas maneras me voy a llegar a La Plata, a ver cómo está aquello".

El día que yo tenía todo arreglado, me avisan, viene un hombre corriendo que no me fuera, que en un combate habían herido a uno y que venía muy grave. Entonces me lo traen —como se usaba allá— en una hamaca con un palo...

Machado. Una perihuela.

Sarría. Me traen a uno que estaba más muerto que vivo, que está aquí en La Habana, que le decían "el Jabao". *Iglesias* de apellido; creo que es primer Teniente.

Machado. Bueno, había otro "jabao" que lo mataron, ¿no? *Carracedo*, de la vanguardia de *Almeida*.

Sarría. No, pero éste se llama *Iglesias*, "el Jabao *Iglesias*".

Venía con un tiro en el hombro y la entrada era chiquita, pero atrás tenía un boquete enorme.

Por la inexperiencia en esas cosas de guerra, me dije: “bueno, como éste va a morir de todas maneras —porque yo sinceramente creía que se moría— yo le voy a tratar de reconstruir eso”. Entonces empecé por limpiar.

Allí había tierra, había fango, pedazos de ropa, de todo tenía ahí: entonces traté de suturarlo, le buscaba los músculos y todo eso, pero qué va, la piel no me daba. Yo dije: “bueno, esto se va a abrir pero por lo menos yo lo cierro ahora y le dejo un drenajito a ver cómo queda eso”.

Efectivamente, a los dos o tres días aquello hizo así y se abrió, y yo en esa época no tenía una gota de anestesia de ningún tipo, ni de nada, porque inclusive el dentista había suspendido la cosa de sacar muelas porque se le acabaron los tubitos esos que él tenía.

A! “*Jabao*” le metí unas curas... Yo hasta ese momento nunca había visto un tipo tan guapo como ese “*Jabao*”. Le hice unas curas que a mí mismo me daba lástima y ese hombre no decía ni ay, lo único que hacía era que apretaba los dientes así que sonaban, que yo decía: se le rompen los dientes a este hombre.

El tenía un radiocito que el teniente *William Rodríguez* se lo había prestado, un radio de pilas, y él lo único que decía era: “Médico, súbeme la música”. Y yo le subía la música y empezaba a curarlo ahí. y el hombre sonaba los dientes, pero no decía ni pío.

Hasta que el “*Jabao*” empieza a mejorar y entonces aprovecho. Me conseguí un guía y me subió para La Plata, dándome tantas vueltas que demoré cuatro días.

Machado. Pero de allí a La Plata no es muy cerca.

Sarría. Sí, pero por ejemplo, uno que se llama *Dioscórides Sánchez*, que le decían “el Satélite”, lo hacía en dos días, dos días y pico...

Machado. Pero por eso era “*el Satélite*”

Sarría. “*El Satélite*” ese era muy simpático.

Entonces llegué a La Plata. Me acuerdo que yo subí la última parte por un lugar que le llamaba la subida de Gamboa, que allí fue donde vi a *Faustino*; yo creía que estaba llegando al cielo, no podía más. Cuando llegué —me acuerdo— a una casita donde se metía todo el mundo, yo dije: “Aquí mismo acampo yo la primera noche”. Me tiré ahí hasta el otro día.

Al otro día me llevaron al hospital.

Me acuerdo que después *Martínez Páez*, creo que fue el que me llevó a la Comandancia a la casita donde estaba *Fidel*, que arriba había una casita donde dormía mucha gente, dormían como 20, que no me acuerdo como le llamaban...

Martínez Páez. La antigua Comandancia.

Sarría. Yo no me acuerdo.

Yo conocí al compañero *Borges* allí. Tenía un aparato de esos que había que darle con el pie.

Entonces estuve allá en La Plata varios días, allí yo no hice ninguna labor de médico, no recuerdo haber hecho ningún trabajo. ...

Yo me puse a sacar la cuenta, porque *Fidel* me preguntó si yo tenía mucho trabajo donde estaba, y yo pensaba decirle que no para que me dejara allí, porque yo sabía que quedándome allí yo iba a salir con alguna columna o con alguna tropa, pero verdad que me daba lástima esa gente de la zona que yo había dejado, porque esa gente tenía una gran fe en mí, porque es que no había otra cosa, no había médico, nada por ninguna zona de esas. Y entonces yo le dije: "Sí, es verdad que hay mucho trabajo allá, yo pienso volver para allá otra vez". Me quedé unos días allí en La Plata, y después regresaría. Pero antes del regreso me acuerdo que fue cuando se dio una reunión de los médicos, se dio en Las Vegas, donde estaba el compañero *Ángel Luis Rodríguez*, que fue donde yo conocí a *Vallejo*.

Me acuerdo que era en una zona baja, que se estaba bien allí, después yo regresé y en el regreso fue cuando me enteré que habían matado a *Emiliano Reyes*, lo mataron en un combate.¹⁴

Regresé al hospital, y seguí en mi trabajo allí. No tuve cosas grandes que hacer, porque eran heridas pequeñas, algún que otro tiro.

Yo seguí en mi trabajo allí haciendo lo mejor que pude. Sí tengo un orgullo, que yo pude conseguir a través del Capitán *Reyes* que el hospital me lo arreglaran, me lo hicieron, inclusive con piso de cemento, que creo que en la Sierra era el único hospital que tenía

¹⁴ El Capitán *Emiliano Reyes*, pertenecía a la columna N° 3 y fue muerto en un combate el 28 de octubre de 1958 en Puerto Cautillo, entre Santa Rita y Jiguaní, provincia de Oriente.

piso de cemento; le hice al lado un saloncito de operaciones, pero lo quise hacer tan bien que cuando lo terminé no tenía iluminación, y yo no tenía luz eléctrica, y entonces no lo podía usar, nada más que de día con la ventanita que tenía abierta. Entonces yo operaba los casos afuera en una tabla ahí a cielo abierto, trataron de conseguir una plantica pero nunca se pudo conseguir, tuve que seguir operando fuera.

EN LA BATALLA DE GUISA

Así seguimos hasta que un día me mandaron un aviso de que me presentara en una casa por allá, más abajo, lejísimo. Me dijeron que *Fidel* me había mandado a buscar. Yo sabía que *Fidel* andaba en esa zona porque ya yo había visto a *Paco Cabrera*, que había estado por allí, entonces yo voy, y me llevaron a Hoyo de Pipa, una finca cerca de Guisa.⁸³

Allí se hizo una especie de campamento general, y teníamos la parte del comedor, que era donde íbamos a curar a los heridos porque era cuando se iba a atacar a Guisa. Efectivamente esa misma noche creo que fue, o a la otra, que empezó la cosa. Y empezaron a llegar heridos y heridos y heridos; estuvimos toda la noche trabajando, estábamos *Ordaz*, *Trillo* y yo.

Entonces nosotros estuvimos allí trabajando toda la noche, y al otro día siguió la cosa.

Después hicimos otro hospitalito provisional en un lugar que se llamaba El Corajo, y allí empezamos a meter a los heridos más graves, a los de atención más inmediata; y los que estaban mejor los pasábamos después para el hospital de Las Peñas.

Y recuerdo que en ese hospitalito que improvisamos se presentó un caso de un casquito, que tenía un tiro en el brazo, y el tiro le había partido el hueso, el húmero, le había partido la arteria humeral; estaba sin sangre. Yo vi el caso y dije: "esto hay que amputarlo de todas maneras". Llegó *Trillo*, y le digo: "*Trillo*, vamos a ver cómo le amputamos esto". Empezamos a amputar. Pero el hueso no estaba partido uniforme, sino que tenía un pico en cuña.

Y dice *Trillo*: "bueno, ¿y cómo nosotros le nivelamos el hueso éste"? Yo me había acordado que en ese bohío yo había visto un serrucho. Y digo: "Mira, yo vi un serrucho ahí atrás, vamos a mandarlos a pedir". Le digo a una señora: "Señora, tráigame un serru-

⁸³ La batalla de Guisa, que dirigió el propio Comandante en Jefe, *Fidel Castro* se efectuó del 20 al 30 de noviembre de 1958.

cho que hay ahí atrás". Era un serrucho grandísimo. Entonces *Trillo*, que era muy meticuloso con la asepsia y la antisepsia, le dijo a la señora: "Mire, señora, usted lo coge y lo hierve durante 15 minutos". Le digo: "*Trillo*, ¿pero dónde te van a hervir el serrucho ése? Ese serrucho no se puede hervir. Hace una palangana así, si no, no lo hierves más nunca". Entonces cogí un paquetico de yodo con un algodón y se lo pasé dos o tres veces así por donde corte, y la amputación quedó muy bien.

Después, cuando se tomó el pueblo de Guisa, yo dije: "bueno, ahora las condiciones quirúrgicas van a ser mejores", porque yo sabía que en Guisa había una especie de clínica.

Cuando yo fui por allí, de verdad, efectivamente, existía una clínica, con su mesa de operaciones. Pero ellos tenían menos instrumental que yo, y menos medicina que yo. Fíjense que una vez, ante un ataque de apendicitis aguda supe que había en Guisa uno que sabía hacer análisis. Entonces yo le mandé a hacer un conteo diferencial, y le dio una cantidad de juveniles y Stab, es decir, una desviación izquierda, que yo dije: "si no se opera este hombre hoy, se revienta". Yo le dije: "Mira te tienes que operar de todas maneras. Vamos a llamar a *Trillo*, que andaba por allí, y *Trillo* te va a operar y se resuelve tu problema". Dice: "No, no, no, si tú no me operas yo no me opero con nadie". Digo: "Pero no seas bruto, muchacho, *Trillo* es cirujano, yo no soy cirujano; yo estoy haciendo las cosas aquí, pero *Trillo* te opera en diez minutos". "Pues que no". Dice que si no era yo, que no se operaba. Le digo: "bueno, pues vamos a operar". Y bajamos para allá, para Guisa. Lo único que pude conseguir de anestesia eran dos frasquitos de éter, que eso no sirve para operar apéndice ni mucho menos; y yo no tenía ayudante. Y esa operación, yo no sé si hice bien o hice mal, el problema es que no se murió de aquello; con un algodón le pusimos éter y empezamos a gotear; yo mismo era el que tenía que estarle goteando el éter.

Ya casi se estaba acabando el primer frasquito, y en el salón había como diez personas aguantando el caso. Me decía: "Opérame sin anestesia, quítame eso". Y así fue como yo lo operé casi sin anestesia.

Yo dije: Yo abro aquí, si el apéndice no está ahí mismo, voy a tener que cerrar sin sacarla'. Y me pongo tan dichoso que cuando hago así y llego al peritoneo, era un pedazo así, enorme lo que tenía de apéndice. Pero salió casi sola, ya no tuve ni que sacarla. Cuando hago así, salió sola. Y ahí mismo ligué. Yo creo que lo operé más rápido que la gente del "Calixto".

Todavía yo le estaba cerrando la piel, y tenían que estarlo aguantando, porque el hombre nunca quedaba bien dormido de verdad. Después lo que tenía era unos dolores en el epigastrio... Parece que eso tiene relación con el meso. Y él me decía: "doctor, pero si usted me operó aquí, ¿por qué donde me duele es esto?"

Digo: "no chico, porque eso pasa después de la operación".

Allí en el hospitalito de El Corajo también atendimos a Camejo que era de los que iba en la tanqueta nuestra que atacó el cuartel de Guisa, la tanqueta que le quitamos a los soldados. Le dieron seis balazos, y quedó de lo mejor después que lo atendimos, tan dichoso que ningún balazo fue mortal, ni hubo que amputarle nada, y creo que le saqué una bala de uno de los brazos.

AHORA, DOCTOR

El 31 de diciembre, paré en un lugar que se llamaba creo que Macanacú, donde yo también tenía otra especie de hospitalito allí para otros casos, porque eran muchos los heridos, y entonces digo: "aquí mismo me quedo a dormir yo". Y por la mañana estaba curando a la gente, y a las diez de la mañana me enteré que se había ido *Batista*.

Me acuerdo que llega uno corriendo, tirando tiros, y digo yo: "bueno, los soldados". Ya yo iba a empezar a distribuir los heridos para llevarlos para atrás. Y era uno que se llama *Orestes Bárzaga*, diciendo que se había ido *Batista*. Y todo el mundo creía que era mentira. Dice: "no, no, que se fue *Batista* de verdad". Y nadie le hacía caso. Y entonces él dice: Fuimos para casa de "*Carolin*", que tenía un radiecito y todo el mundo corrió para casa de "*Carlin*", efectivamente, se había ido *Batista*. Y entonces sale un guajiro combatiente que había por allá. Cuando ya se comprobó de verdad que se había ido *Batista* dice: "ahora, doctor", y se quita la camisa y tenía una bandera cubana enrollada en el cuerpo, pero dice que hacía como dos años. Yo creo que ese hombre no se había bañado en los dos años.

Dice: "doctor, ésta se la voy a regalar a usted". Y me la regaló. Yo le decía: "no, chico, esto es un recuerdo tuyo, quédate con la bandera". Y el hombre que no, de todas maneras que yo, que había trabajado; "te la voy a regalar". Y me dio la bandera. Y la cogí.

Se dio también otra cosa muy simpática. Cuando allí se enteraron que se había ido *Batista*, yo tenía unos cuantos heridos, allá

en Las Peñas, que no podían caminar. Digo: "mira qué problema este: ahora todo el mundo va para abajo y yo tengo que ir para arriba". Y en eso le digo a uno de allí: "bueno, vamos a ir hasta Las Peñas". Pero veo un desfile de gente que venía bajando, todo el mundo de Las Peñas venía para abajo, hasta el cocinero del hospital. Y le digo: "ven acá, ¿a dónde tu vas?" Dice: "no, se acabó la guerra". Le digo: "pero ven acá, ¿y a esa gente quién le va a cocinar?" Dice: "no, no doctor, ya se acabó, no se preocupe; después usted los baja". Digo: "pero mira qué cosa". Entonces yo tuve que subir para allá. Los que pudieron caminar, ya algunos venían bajando. Hablé con una señora que vivía cerquita allí, que era la señora de "*Mulato*" Casas, y le dije: "bueno, a esa gente hay que resolverle la comida y yo no me puedo ir de aquí hasta que no resuelva cómo se van ellos". Después hice un contacto, y llevaron un "*jeep*" hasta donde pudo llegar, y de ahí después en mulos, y después con las parihuelas, empezamos a sacar a la gente y los llevamos hasta Bayamo.

Yo recuerdo que hablé con *Celia* y *Fidel*, también con *Camilo* que estaban en una casa a la salida de Bayamo, el día dos de enero, por la noche. Yo le expliqué a *Celia* que teníamos un casquito herido, operado por *Martínez Páez*, que yo quería que viniera para La Habana, porque necesitaba otra operación, y entonces *Celia* me dijo: "Bueno, ahora, cuando se despierte *Camilo*, que tiene que regresar a La Habana en el avión". Y de esa manera se trajo para La Habana.

(*Granma*, diciembre 4 de 1967, a. 3 n. 297 p. 3).